

## DICTADORES

“Vue rapide et ‘cavalière’ de l’histoire des dictateurs a travers les ages”.

Con estas palabras, sumamente exactas y justas, define Jacques Bainville, el meollo de su libro “Les Dictateurs”, publicado hace muy pocos meses y —si no yerro— en las postrimerías de su vida, cuando el verdor de los laureles académicos estaba ya para juntarse con el desmayo de las adormideras simbólicas.

El libro de Bainville contiene una reseña histórica de las dictaduras más principales que aparecen en la historia humana. Las describe sumariamente, a grandes rasgos y, por decirlo así, al vuelo y de pasada, con afán manifiesto de sintetizar y de simplificar las cosas, aventando sin duelo pormenores y circunstancias (sobre todo en tratándose de esta infelicísima América hispana que sólo le merece desdenes entre compasivos y regocijados) y poniéndoles, en fin, a los lectores, la amable y seductora tentación de creerse capaces de discutir y sentenciar sin ambages ni reservas sobre todos los dictadores y dictaduras del mundo. La preclara limpieza del estilo unida al poder dogmático de la síntesis, contribuye a la violencia de la tentación.

Dicho se está que el intento de Bainville no fue poner a sus lectores —que siempre han sido muchos— en trances de esta especie. Guiábale al escribir esta obra el alto propósito de amonestar a los pueblos para que no llegaran a ser materia pasiva, forzada a sufrir la organización dictatorial.

Cree Bainville que hay varias especies de dictaduras, y cierto amigo mío, aficionado a conversar sobre asuntos de esta índole, me decía la otra tarde:

—Yo no acabo de entender bien que haya dictaduras de varias especies. Que se manifiesten de diversas maneras o en diversas provincias de la actividad social y políti-

cá, me parece evidente, pero no se me hace imposible reducir las todas a un solo tipo, o explicarlas conforme a una idea muy general. En mi propio sér advierto un estado normal que llamo salud y un estado violento que apellido enfermedad. En el primero la vida corporal va desarrollándose con ritmo y compás tan seguros como imperceptibles, y se realiza enteramente eso que, según Kant, es característico de los seres orgánicos, es, a saber, que “todo es recíprocamente fin y medio, porque las partes existen en vista del conjunto y el conjunto existe en vista de las partes”. Y más agudamente expresó esto mismo Cuvier cuando definió el sér vivo como “un sistema cuyas partes concurren a una acción común mediante una reacción recíproca”. No haya desequilibrio en mi sistema, y tendré salud; pero si se rompe el tal equilibrio por retardo o por aceleración, por flaqueza o por ímpetu sobrado de las acciones y reacciones vitales, estaré enfermo.

—¿Y la dictadura?... Francamente no veo qué relación tenga con estas disquisiciones, ni de qué sirvan para definirla.

—Verá usted que mi erudición de segunda mano no es tan impertinente como parece. Las definiciones de Kant y de Cuvier, trasladadas al sér y al gobierno de los pueblos, me representan lo que para ellos es el estado normal o la salud próspera y floreciente. En cambio, el desequilibrio de las acciones y reacciones vitales, engendrador de un estado violento, de una enfermedad, me sugiere, por analogía, aquel otro estado de trastorno social que prepara o acarrea las dictaduras.

—Perdóneme usted, pero todavía no he podido hacerme cargo de sus analogías y comparaciones.

—Tomaré entonces por otro camino. La enfermedad, ¿es o no es una lucha?

—Así dicen, en efecto. Y no creo que signifiquen otra cosa algunas frases que emplean los facultativos: “el organismo se defiende”, “la infección va ganando terreno”, “el pulmón derecho ya está invadido”, etc. etc. Me acuerdo

también de haberles oído algo acerca de las luchas y contiendas que allá en nuestro interior traban entre sí fagocitos y microbios... Por otra parte, los preámbulos de la muerte se llaman agonía, y agonía es equivalente de lucha.

—Basta, basta, amigo mío. Ahora dígame: una vez entablada la lucha ¿habrá vencedores o vencidos?

—Indudablemente, y según sea el que prevalezca habrá convalecencia o habrá muerte.

—¿Y me concederá usted también que hay un momento en que esos elementos o entidades que pugnan por una especie de dominio, llegan al máximun de violencia o energía?

—Así me lo imagino. Y me imagino también —porque es verdad de perogrullo— que la victoria definitiva será del contendor que en un momento dado llegue a una culminación sobrepujante de vigor, a un climax de virulencia, a un paroxismo de energía.

—No está mal dicho. Falta que usted convenga en que ese elemento predominante, ora sea la célula, ora el microbio, representa con suficiente fidelidad al dictador. De ahí se desprende que tiene que haber, — y así lo advierte Bainville— dictadores buenos y malos. Los unos y los otros pueden definirse como “paroxismos de energía”, pero aquéllos, una vez superado el microbio antagonista, vuelven a la tensión normal que es propia de la salud. Mas, los segundos, cuando triunfan, arruinan y matan el organismo en que se sustentan.

—Según eso, toda dictadura será transitoria.

—Por regla general tiene que serlo. Lo cual no significa que dure poco, sino que es un estado que tarde o temprano se resuelve en alguna manera de vida social y política estable o en la decadencia y disolución del Estado y del pueblo. En otros términos: esos paroxismos de energía que son las dictaduras acaban siempre o casi siempre por encontrarse con esta alternativa: vida normal o muerte común.

—Muy bien, pero ¿y qué entiende usted por “vida normal”?

—Pues, precisamente eso que podría decir Cuvier: “que todas las partes del organismo social y político concurren a una acción común mediante una *reacción recíproca*”. Imagínese usted que ese concurso se logra mediante una sola *energía predominante*, prepotente y despótica, y tendrá una definición de la dictadura.

—No me parece mal la ocurrencia. Sin embargo, tengo para mí que la desvirtúa mucho el caso de aquellas dictaduras que a fuerza de durar se consolidan, y, sin dejar de ser dictaduras, engendran al fin y al cabo, una “vida normal”.

—Estaba aguardando la objeción y trataré de resolvérsela con ayuda del Diccionario. Mire usted... aquí, en el Larousse hallo estas palabras: “en algunos casos —y parece que ello se realiza en la tuberculosis— el microbio vive en simbiosis con el fagocito, de suerte que el fagocito le sirve de vehículo”. Así me imagino yo el caso de ciertas dictaduras persistentes. No hay entonces “paroxismo de energía”, no hay lucha por la prepotencia; hay, en cambio, una asociación mansa entre el elemento protector del organismo y el elemento que en otras circunstancias lo destruiría, viviendo a sus expensas, hay, en fin, una verdadera simbiosis.

—¿Simbiosis?... ¿Y qué es eso?

—Simplemente la junta de dos o más organismos de especies diferentes que derivan mantenimiento recíproco de esta su confederación.

—¿Y entonces?

—Entonces la célula y el microbio, el organismo y su infección subsisten con apariencias de sosiego y de vida tranquila. Sin embargo, aquello bien puede definirse diciendo que es una “*enfermedad normal*”. El término tiene visos de paradoja, pero así lo emplea el Diccionario que cité.

—Sea o no paradójico eso de las “enfermedades normales”, yo supongo que la tal simbiosis que usted ha invocado parará forzosamente en la disolución y desconcierto

del organismo, quiero decir: del individuo en unos casos, de la sociedad o nación en otros. Más claro: la simbiosis a que usted alude equivale a una infección que no por ser retardada deja de ser mortífera, y que no por prolongarse algún tanto deja de ser opuesta y contraria a la vida normal.

—Algo y aun mucho de eso es razonable y justo. . . Preferiría, no obstante, que dejáramos ahí estas analogías biológicas, y siguiéramos hablando de las dictaduras, o más bien, de “Los Dictadores” de Bainville.

—Que me place. . . Ponderaciones y loas he oído acerca de ese libro que me hicieron pensar que se trataba de algo estupendo y nunca visto. Ultimamente lo he ojeado y he de confesarle que no me entusiasmó cosa mayor.

—De seguro no se fijó usted en que una gran parte del libro está consagrada al estudio de los dictadores y dictaduras de la América Latina. Bolívar, Hidalgo, Páez, Rosas, San Martín, el doctor Francia. . . todos, todos pasan por esas páginas con su correspondiente crítica y examen.

—Pasan, dice usted, y es verdad. Pasan barajados apresuradamente, juzgados de cualquier modo, y casi siempre zaheridos. Pasan para servir de pretexto a una historia zurcida a la ligera; historia que puede ser despreciable y ridícula para el señor Bainville, digna, cuando más, de cuatro pinceladas someras, pero que para nosotros encierra el misterio de esta vida política que en cerca de siglo y medio ha fermentado con diversas fortunas desde el golfo de México hasta las aguas australes. Hace muy pocos años Salvador Madariaga, a la sazón profesor en Oxford, presentaba la obra de Cecil Janes, “Libertad y despotismo en la América hispana”, y decía estas palabras que juzgo oportunísimas para calificar el libro de Bainville:

“La ignorancia y los prejuicios han ido tejiendo en torno de la historia del imperio español un tupido velo, a través del cual los hechos más obvios y sencillos no sólo aparecen deformados, sino que llegan a ser invisibles. . . Si esos hechos se prestan a tan falsas apreciaciones cuando son de los más simples y patentes, ¿qué se podrá espe-

rar cuando la Historia no es sino un embarullado desfile de cambios violentos, revoluciones, guerras, cesiones, dictaduras, tal como lo ofrecen a menudo las vidas de las repúblicas hispanoamericanas o la mirada poco atenta del observador lejano! Confundido e irritado por esa agitación, al parecer caótica, el observador extranjero, por lo común, renunció a comprender lo que allí pasaba, y se refugió, cómodamente, en las pocas generalidades que había oído en la escuela. . . Mr. Cecil Janes se ha preguntado si, después de todo, no habría alguna causa —y una honrosa causa, además— que pueda explicar el que todo un Continente tenga que luchar, entre enormes dificultades internas y externas, para alcanzar una constitución política definida y estable”.

Esa pregunta que se hizo Cecil Janes, es cabalmente la que hubiéramos querido que se hiciera el señor Bainville.

—Trata usted con sobra de ligereza el inmenso talento de Bainville.

—Que sea inmenso allá en sus propios dominios que son, si no estoy equivocado, los de la historia de Francia, ¿quién podría negarlo? Pero de ahí no se sigue que sea igualmente inmenso, respetable y definitivo cuando se aventura por la historia de esta América Latina. Añadiré que Bainville se curó en salud cuando escribió al comienzo de la segunda parte de su libro: “*Histoire abrégée mais fantastique des dictateurs de l'Amérique Latine*”. No veo inconveniente en que dicha historia esté “abreviada”, pero me suena a chanzoneta desatinada eso de escribir que su historia es también “fantástica”.

—Sigue usted haciéndose reo de lesa fama académica.

—De ninguna manera, amigo mío. La fama del señor Bainville no se amengua porque reparemos en deslices como éste de la “historia fantástica”. Y lo llamo desliz no porque le niegue al señor Bainville el derecho de escribir cuantas fantasías le vengan en gana, o el de divertir a sus lectores haciendo mangas y capirotes con todas las histo-

rias del mundo, y poniendo en solfa a cualesquiera personas históricas, inclusive a sus compatriotas. Paréceme, en cambio, que hay desliz, que hay falta de lógica y aun de seriedad, cuando se pretende que una "*histoire abrégée mais fantastique*" pueda dar de sí lecciones y escarmientos que aprovechen al mundo en general y a los franceses en particular.

—¿Cómo así?... ¿Cree usted que Bainville pensaba en su propia patria cuando refería las desventuras de los sud-americanos?

—Sí, señor!... lo pensaba, y además lo decía sin ambages desde la primera página de su libro donde leo: "...peut être cette vue rapide et "cavalière" de l'histoire des dictateurs a travers les ages ne sera-t-elle pas inutile aux Français dans les conjonctures présentes". Y al terminar "*l'Histoire abrégée mais fantastique*", escribe: "Nouvel avis aux pays qui ne veulent pas être exposés a subir les duretés des gouvernements d'exception". Tan solemne y universal consejo pide fundamento más sólido que el de una historia "*abrégée mais fantastique*".

—Mucho le fastidia a usted esta última palabra.

—Me fastidia, es cierto; pero mucho más me fastidia que el señor Bainville, a trueque de fantasear, haya incurrido en notoria injusticia y en más notoria precipitación. Vea usted, por ejemplo estas frases: "Malgré leurs excès, c'est grace a eux (les dictateurs) que des nations trop jeunes, sans cesse agitées, ont pu se former et se perpetuer. L'histoire romanesque des pires d'entre eux contient des détails qui font frémir", (lo propio acaece con la historia de muchos grandes gobernantes europeos que no suelen contarse entre los peores). Y sigue Bainville: "Ils (les dictateurs de l'Amérique Latine) ont gardé les peuples comme ils gardaient leurs troupes, ils les ont dressés comme ils dressaient des chevaux". Agradecidísimos debemos estarle los sud-americanos al exquisito señor Bainville, ¿no le parece a usted?

—La verdad es que esas imágenes no resultan muy delicadas.

—Resultan, sobre todo, erróneas y a más de eso increíblemente baladíes y triviales. Dice por ahí Cecil Janes que en Europa se ha declarado o insinuado que nosotros vivimos en perpetuo disturbio, que ofrecemos el triste espectáculo de comunidades que pretenden gobernarse a sí mismas y fracasan lamentablemente en su intento, que por acá no hay seguridad adecuada para las vidas y los bienes, que estas tierras son el verdadero paraíso de los aventureros políticos sin escrúpulos. Y también se ha creído en Europa, juzgando a la ligera, que ese nuestro estado político es tan obvio y patente, que no requiere investigaciones concienzudas, que no ofrece características dignas de examen, que las vicisitudes por que hemos pasado y estamos pasando no pueden, en modo alguno, ser miradas como consecuencia de principios o ideales que luchan y contrastan entre sí.

—En una palabra, que sólo merecemos una historia "*abrégée mais fantastique*"!

—Justamente. Y ya usted se habrá convencido de que no faltan historiadores y académicos, maestros o discípulos del señor Bainville, para quienes la vida política de estas repúblicas no es sino una inacabable pendencia entre pícaros voraces y pandillas egoístas cuyo único anhelo es explotar la comunidad como se explotan los rebaños o como se aprovechan las caballerías. Simplicidad risible es ésta que no cabe —dice el citado Cecil Janes— en un entendimiento que considere los adelantos materiales, intelectuales y morales que en poco más de un siglo y con ritmos diversos han logrado estos países. Por otra parte, no hay que olvidar que un jefe o dictador no es nada por sí solo, que a su influjo personal es preciso que se junte la fortaleza y muchedumbre de los partidarios, y que éstos no suelen prestar sus energías ni su perseverancia a los que pretenden solamente su propio beneficio y acrecentamiento. Pero hay más: el fervor con que han sido acompañados muchos de los jefes y caudillos que prevalecieron en Sur América es casi una prueba de que buscaban algo más alto que su

provecho personal. Que lo desearan o que lo persiguieran en muchas ocasiones, no significa sino que estaban moralmente emparentados con Richelieu o Napoleón, Cromwell o Pitt. Pero también sintieron, como estos grandes personajes, el deseo honrado de hacer lo mejor que pudieron en pro de su país, aun cuando su idea de "lo mejor" fuera equivocada o aun cuando hayan confundido más de una vez lo que era mejor para su país con lo que era mejor para sí mismos.

—Creo que nos hemos alejado de Bainville.

—No mucho. Eso que acabo de decir, repitiendo conceptos y palabras de un profesor oxoniense, sirve para hacernos entender que cuando ha habido dictaduras y caudillajes en Sur América, ellas y ellos no han sido exclusivamente un estallido de bajos apetitos personales, ni una miseria y cruda explotación de los pueblos. Por lo demás, el señor Bainville generaliza en demasía cuando asienta ex cathedra que los países de esta América "ont toujours été ballottés d'une dictature a une autre dictature, et n'ont trouvé la paix que lorsque le pouvoir central, parfois injuste, parfois cruel, a été assez fort". Según estas palabras, nuestra historia civil y política se reduce a un dilema sencillísimo: "guerra o dictadura a veces injusta y a veces cruel". No sé yo cómo juzgarán esta opinión la Argentina, Chile o el Brasil. En cuanto a Colombia hay que advertir que el señor Bainville condensa en *cuarenta y dos líneas* toda la historia que hemos vivido a partir de la Independencia, y hasta fines del siglo pasado. El mismo recorte le hace a las demás pequeñas narraciones que constituyen la historia "*abrégée mais fantastique*", y yo me pregunto si el juicio que da el señor Bainville sobre la necesidad de la dictadura en nuestros países, se habría modificado sustancialmente si hubiese tenido la condescendencia de reparar en los años posteriores.

—Para mí no es dudoso que habría sido muy otro. Pero, ¿qué quiere usted!... la fama de revolucionarios con que nos han gratificado allá en Europa es capaz de torcerle el juicio al escritor más sesudo y prudente.

—Sí, pero nuestras revoluciones, sobre todo las que siguieron a la Independencia, nunca podrán interpretarse como meros asaltos y contiendas entre dos o más hordas famélicas. Si a cuentas vamos, el ya mentado Cecil Janes se me hace más respetuoso de la verdad cuando escribe: La divergencia entre los partidos que suelen enfrentarse en los países suramericanos, tiene que ser divergencia de ideales; conflicto que en su esencia es más espiritual que material, lucha que trae su origen de una discrepancia fundamental en cuanto a los fines y a los modos de la organización política. Habrá unos para quienes vale más vivir en la anarquía, en la escasez, en la miseria, que disfrutar de todas las bienandanzas materiales, de legalidad y de orden pero sin libertad. Y habrá otros que sostendrán que la libertad, por deseable que sea, es de valor menguado, cuando por falta de energía gobernadora, se halla expuesta a degenerar en torpe licencia. Otros, en fin, puestos en la disyuntiva de elegir entre la libertad que empareja con el desorden y toca en los linderos del libertinaje, o la sumisión política acompañada del orden, del respeto a la ley y de la paz interior sin la cual no se logra la prosperidad nacional, no titubean en escoger la segunda. Eso es precisamente lo que algunas veces los ha movido a sostener gobiernos que aun siendo dictatoriales podían presentárseles como suprema garantía de estabilidad y de defensa.

—Suponiendo que así sea, no me negará usted que la detestable frecuencia de nuestros revoluciones no puede menos de habernos desacreditado radicalmente y para siempre allá en Europa.

—Pero, amigo mío, note usted que una cosa es que las revoluciones sean detestables, y otra cosa es que ellas sean la única base y el fundamento capital y el criterio exclusivo para juzgar a Sur América, como parece pretenderlo e intentarlo el señor Bainville. No me imagino que este amable académico haya creído nunca que el Japón sea un país tan atrasado y tan emponzoñado como se figuran a Sur América muchos europeos. Y sin embargo, ¿qué de revoluciones, qué de atropellos y qué de horrores no ha visto la

poderosa nación del Sol Levante! Allá — dice Ludovic Nardeau— “el asesinato político es un simple episodio de la vida pública. La historia feudal del Japón es la de una matanza perpetua y casi no habla sino de “daimios” apuñaleados, de gentes crucificadas y despedazadas, de cabezas cortadas y de vientres abiertos. Antes de la unificación y modernización del país, es decir, en 1868, así era como se discutía la política en el Japón”. Y añade Nardeau: “Le Japon s’est efforcé, après 1868, d’adapter en tout les moeurs européennes, mais... chassez le naturel et il revient au galop!”

—Nó... eso no es posible!... Ludovic Nardeau no puede hablar del Japón como Bainville habla de Sur América.

—Lo cierto es que las tormentas políticas del Japón no han sido menos violentas que las de por acá. Todo lo contrario. El 26 de febrero de este año de 1936, fue atrozmente sangriento. Hubo rebelión y hubo matanza de muchos personajes que habían dirigido constantemente la vida pública nipona. Desapareció el almirante Saito, ex-primer ministro, y con él fueron asesinados Takahashi, ministro de finanzas, y Watarabé, inspector de educación militar; el almirante Okada, primer ministro, escapó de la muerte, nadie sabe cómo; el conde Makino, miembro del consejo, y el almirante Suzuki, oficial del Emperador, estuvieron a punto de ser asesinados...

—No más, no más!...

—Agregue usted que los sucesos de esta especie han sido algo frecuentes. En 1895, en 1910, en 1932, en...

—Le ruego que interrumpa esa lista de desgracias. Dígame más bien por qué ha traído a cuento esta letanía sangrienta.

—Simplemente porque con ser tantas esas abominaciones y tan reiterados esos delitos de lesa humanidad, es lo cierto que los escritores europeos acaban siempre por decir con prudentísima reserva que “la mentalidad nipona es enteramente distinta de la occidental”. Y no pasa lo mismo cuando algunos de esos escritores contemplan los tras-

tornos, revoluciones y acaecimientos desgraciados de la América Hispana. Entonces se sale del paso con invenciones tan burdas como esa de que “le vrai dessein de Bolivar était sans doute de réunir la Colombie, Le Pérou, la Bolivie, l’Argentine et le Chili en une immense République dont il eut été chef et qui eut pris le nom d’Etats-Unis du Sud”. Ni hay por qué callar que el señor Bainville también acude al gracejo barato, como cuando dice que los grandes hombres de Chile “ne sont guère, au dehors, connus que des philatélistes, leur effigie ornant de nombreux timbres-poste”.

—¿Y qué saca usted como consecuencia de todo ello?

—Nada más sino que en Europa se han acostumbrado a juzgarnos con una ligereza despectiva que raya en incalificable prejuicio. Hablando del reciente golpe de Estado japonés (fecha 26 de febrero último), Alfredo Silbert dice que “los oficiales asesinos no han hecho, en suma, sino seguir el ejemplo de sus predecesores y atenerse al dogma imperioso del ‘Showa’, o sea del Renacimiento Nacional, que inspira hoy las ideas y las tendencias de los patriotas japoneses...” En cambio, si se trata de juzgar a los gobernantes suramericanos, el señor Bainville declara: “ils ont gardé les peuples comme ils gardaient leurs troupeaux, ils les ont dressés comme ils dressaient des chevaux”.

—Mejor será que no hablemos más de Bainville y de su libro. Usted comprende que este notable escritor falleció no ha mucho y que...

—El fallecimiento del señor Bainville nada tiene que ver con las observaciones y críticas que merezca su libro “Les Dictateurs”. El hecho de estar publicado lo convierte en una entidad, por decirlo así, viva y actual, cuyos juicios podemos discutir indefinidamente.

—Es cierto, pero ¿y las demás obras de Bainville?...

—De ellas hemos de decir que son dignas de las mayores alabanzas. Ellas condujeron a su autor por caminos de gloria hasta el recinto de la Academia Francesa, cuyos miembros, bien sabido es que son llamados “inmortales”.

LUIS SORACTA

Universidad del  
Rosario

Archivo  
Histórico